

como frases asesinas, como sentencias de muerte. Pasado este momento, un girondino de antigua cepa, publicista muy atolondrado, escribió insensato artículo proponiendo el destronamiento de Luis XVI y su reemplazo por el generalísimo de los ejércitos alemanes. Tamaño desvarío sirvió á Robespierre para difundir la malvada especie de que los girondinos conspiraban á favor del extranjero. Aquel hombre tan redomado y tan avieso no contaba entre sus facultades personales con la que más importa en todo estadista, el valor. Siempre que un conflicto había de sobrevenir y un motín había de estallar, Robespierre brillaba por su ausencia; no se le vió en las matanzas del Campo de Marte, ni entre los verdugos, ni entre las víctimas. No se le vió ni en las manifestaciones populares del 20 de Junio, ni en los combates históricos del 10 de Agosto. La noche misma de las horribles matanzas del mes de Septiembre, que pudo evitar con una sola frase, encerróse dentro de un cuarto apartadísimo, y consumió el tiempo que debía emplear en hacer bien, lamentando el mal inútilmente. Los marseleses decían que poco antes del combate revolucionario, ofrecieron á Robespierre su dirección, y, tras la dirección, y el gobierno; Robespierre rehusó, así el peligro, como el premio consiguiente á la conjuración del peligro y á la victoria del pueblo. Nombrado regidor del Ayuntamiento revolucionario, y yendo á sus sesiones, al recoger éste su infame dictadura, Robespierre vió que predominaban allí, de un lado los maratistas, de otro lado los dantonianos, y se abstuvo de toda intervención en los acuerdos, sembrando sospechas contra sus rivales, que le allanasen la vía á un poder absoluto y omnímodo. Danton supo compartir su autoridad con otros ministros; la Gironda supo ser algún tiempo un verdadero partido; pero, no obstante contar grande número de partidarios Robespierre, según lo muestran las huestes jacobinas, tuvo siempre una condición de verdadero déspota, tuvo siempre grande apego á la soledad. Quiso estar siempre solo. Sus discursos no combatían frente á frente al enemigo, como los tonantes discursos del franco y colosal tribuno de la plebe que se llama Danton; sus discursos aparecían insinuaciones pérfidas, medias palabras á lo maquiavelo, teniendo el carácter redomado de todos aquellos que ocultan una parte de la verdad, para ejercer el dolo. Robespierre se había de antiguo acostumbrado á la idolatría de sí mismo, comprendiendo cuán crédulas y cándidas suelen ser las muchedumbres: no se las echaba de inteligente, de sabio, de orador, se las echaba de virtuoso. Rígido, con algo de máquina en sus movimientos aparentaba una gran superioridad sobre todas las debilidades humanas oponiendo el estoicismo suyo á los vicios de Danton, á los desórdenes de Mirabeau, á la sensibilidad estética de Vergniaud, á los ataques nerviosos sugeridos por su mujer al buen Roland. Así fué minando poco á poco el pedestal de sus rivales y suprimiendo toda rivalidad. Este hombre comprendía con dificultad la libertad humana; redactor con los constituyentes de la célebre declaración que proclamaba los derechos del hombre, nunca supo comprenderlo. Pero él continuaba el viejo absolutismo. Y como continuaba el viejo absolutismo, no hacía más

que cambiar de soberano en vez de ser soberano el Rey proclama soberano el pueblo. Pero este pueblo soberano, debía en su aviesa política mandar cual mandaban los Reyes; de un modo tiránico y absoluto. Ningún poder debía limitar la voluntad omnímota del pueblo. Ningún derecho podía prevalecer sobre la soberanía del pueblo: esta sabia distinción moderna del poder político limitado por los derechos individuales, no cabía en la cabeza de Robespierre. Inviolabilidad absoluta de la conciencia, pensamiento libre, hogar consagrado, personalidad soberana, derechos de la humanidad y del hombre, todo esto sonaba como las coplas de Calainos en las orejas del dictador revolucionario. Para él según sus conceptos, al pueblo soberano debía corresponder el Estado en toda su omnipotencia. Nada del derecho moderno, nada de aquella división de poderes en que se fundaba el nuevo código francés: el pueblo Rey absoluto, he ahí la teoría de Robespierre. Así el pueblo podía en su concepto y en su juicio hasta proclamar una religión é imponérsela en guisa de Pontífice máximo á todo el mundo. La unidad del pueblo, la unidad del Estado, la unidad de Francia, unidades sin variedad ninguna, constituían los Cánones capitales del credo jacobino. Esta unidad absoluta, dictatorial, cesarista, vinculada en París, debía pugnar por fuerza incontrastable con la variedad de los girondinos en el combate gigantesco entre las absorciones de todo por Robespierre y las libertades con que soñaban sus enemigos; y así debió abrir y abrió un período guerrero entre principios tan enemigos dentro de la Convención.

¡Parece imposible! La nación francesa demostró en estas circunstancias su carácter esencialmente conservador y progresivo al mismo tiempo. Como en los Estados Generales hubo una mayoría decidida por las instituciones parlamentarias á la inglesa, como en el Cuerpo legislativo hubo á su vez otra mayoría esencialmente monárquica, en la Convención hubo también su mayoría decidida por la estabilidad, combinada con el progreso, mayoría opuesta del todo á la dictadura y á la violencia. Esta mayoría no se inscribió en la Gironda por creerla demasiado apasionada é idealista; no se inscribió en la escuela dantoniana por creerla demasiado inquieta y revolucionaria; no se inscribió en los terroristas de Marat, repugnantes á su corazón y á su conciencia; no se inscribió en aquella legión de jesuitas maquiavélicos, llamada escuela jacobina; formó un grupo independiente y aparte. Pero como si un triste hado persiguiese con su fatalidad incontrastable á los elementos conservadores en la revolución, este grupo, ajeno á las pasiones y á los ideales de los demás partidos, lejos de atraérselos á su seno, dirigiéndoles al bien y amansándolos en sus ardorosos temperamentos, fuese con los demás partidos en servicio siempre del más temible, del más amenazador, del más poderoso. En pugna eterna Robespierre con Vergniaud, con Marat, con Danton, con todo el mundo; la gran mayoría conservadora de aquel Parlamento, no quiso moverse á impulsos de ningún interés elevado, se movió al cobarde y deshonesto impulso del miedo, yéndose siempre con el más fuerte, y sancionando así la dictadura del crimen. Ocupaba el extremo derecho de aquella Convención la

escuela girondina; ocupaba el extremo izquierdo, los dantonianos, los maratistas, los jacobinos, en acervo común, llamado Montaña; y el centro este conservador á quien llamaron Llanura, desasíóse mil veces de la derecha y sirvió de sustentáculo á una izquierda donde se habían condensado todas las tempestades y se habían encendido todas las pasiones. Persiguió á este centro la misma fatalidad que pesara poco antes sobre los constitucionales del Cuerpo Legislativo; constituyendo una grande mayoría no supo constituirse de un modo independiente, y mucho menos valerse de la fuerza y autoridad con que contaban. Existiendo tan empeñada lucha entre la derecha y la izquierda, no acertó jamás á mediar entre ambas en servicio de la razón y del derecho. Los gritos de las sociedades y clubs demagogos, las violencias de una comunidad revolucionaria erigida en dictadura, los fusiles y picas del pueblo, los efluvios del terror universal, el terrible aspecto, ya de un Robespierre, ya de un Marat, ya de un Dantón, las combinaciones de los violentos y de los rojos arrebatáronle su propia voluntad y su propio pensamiento, los cuales, enajenados, hicieronla factor de todas las exageraciones y de todas las violencias. Con sólo haber querido usar de su pensamiento y de su voluntad, refrenara los unos, sometiera los otros, salvara quizás á todos, fundando un arbitraje á que le daban derecho su número y su importancia. Pero incierta, ondulante, movediza, la Llanura cargó ante la Historia con la responsabilidad absoluta de todos los errores y de todos los crímenes cometidos por las escuelas y fracciones militantes; que participa del criminal carácter quien pudiendo evitar una injusticia, la deja perpetrar por cobardía ó por indiferencia. Pudo muy bien la Llanura acabar con Marat, por sus votos, antes de que acabara con él un puñal humano. Pudo dirigir las buenas condiciones reconocidas por todo el mundo en el alma tempestuosa de Dantón. Pudo conjurar la dictadura de Robespierre, sin que se necesitase para conjurarla el motín parlamentario y la implacable guillotina, sirviendo al más fuerte, aunque fuera el más culpado; cargó sobre sus espaldas una responsabilidad que todos los días le recuerda la Historia como tremenda pena de su perverso egoísmo. Las escuelas militantes en guerra dentro de la Convención, aún podían presentar la excusa de sus afectos exaltados, de sus tradiciones históricas, de sus ideales tormentosos, en cuyas aras ofrecían muchas veces humanos sacrificios, verdaderos holocaustos á ídolos que tiranizan la voluntad y la conciencia. Pero aquellos diputados de la Llanura, incrédulos por regla general, indiferentes por complexión, ajenos á los símbolos y á los combates de sus compañeros, bien pudieron en sus discordias terciar, salvando á Francia y á la República del horrible terror que ha extendido una mancha indeleble sobre sus gloriosas banderas. Pero presenciar silenciosos la terrible lucha entre los gladiadores, aguardando á ver quién vencía para irse con la victoria y con el victorioso, ¡ah! ofrece uno de los más repulsivos espectáculos que pueden guardar en sus recuerdos los tristes anales de las humanas miserias. Si hubo violencias, ellos, tan pacíficos, fueron los violentos; si hubo crímenes,

ellos, tan justos, fueron los criminales; si hubo dictaduras, ellos, tan parlamentarios, fueron los dictadores; si hubo motines cruentos, ellos, tan pacíficos, fueron los amotinados; si hubo una perdurable guillotina en permanencia, ellos fueron los verdugos con resolución verdadera, con propósitos firmes, con voluntad completa, con clara conciencia, pudieron impedir tantos errores y tantos crímenes como las exageraciones y los exagerados cometieran, salvando la libertad y la República. Así, la complicidad de aquella triste Llanura con todos los victoriosos, es más criminal que la incertidumbre girondina, que la violencia dantoniana, que los terrores maratistas, que la perfidia de Robespierre y sus jacobinos; pues, sin las complacencias seniles de tal Llanura excéptica, todo se hubiera podido evitar, ó, por lo menos todo se hubiera podido corregir, sin ser la Convención una monstruosa dictadura, y el terror un instrumento de gobierno. Fijémonos bien, pues, en la manera y modo con que la grande Asamblea queda constituida con tres factores, que son, á saber: la Gironda en el extremo derecho; en el extremo izquierdo la Montaña, y la Llanura en el centro.

Historiemos. Día 20 de Septiembre, año 1792, se congregó la Convención. Creeríase un sueño las transmisiones legales ordenadas que aquellas asambleas revolucionarias cumplieran cuando llegaba la hora de su acabamiento y de su reemplazo. Así como los Estados Generales conocidos con el nombre de Asamblea constituyente transmitieron su poder al Cuerpo legislativo, el Cuerpo legislativo transmitió su poder á la Convención republicana. Hechas las elecciones por sufragio universal, se reunieron los diputados de la República en el santuario de la Monarquía y pasaron de este santuario al Congreso en triunfo por los mismos jardines y por los mismos caminos, que atravesara en su fuga el Rey destronado y vencido. Esta procesión de los republicanos salidos desde las Tullerías para ir al Picadero donde radicaba el Congreso legislativo, tuvo en si una grande solemnidad y por si una transcendencia incalculable á lo porvenir, puesto que allí acabaron en aquel momento y en aquel acto, los poderes perdurables y hereditarios, reemplazados por los poderes amovibles y electivos. En vano la nación francesa por imposiciones fatales de circunstancias diversas, ha querido restablecer cien veces el antiguo régimen hereditario, muerto, en aquella tarde sublime al pie del Sinaí, que se llamó la Convención. Ni el imperio con todas sus glorias, ni la restauración borbónica con todas sus seducciones, ni la Monarquía burguesa con todos sus caracteres liberales, ni el redivivo postrer imperio bonapartista, lograron destruir la soberanía de Francia y menos evitar el establecimiento definitivo de la República y de las instituciones republicanas, establecidas sobre poderes electivos, amovibles, responsables. El Cuerpo legislativo que acababa, recibió con todo respeto á la Convención francesa que nacía. Entre los combates de las fracciones enemigas, entre las matanzas tan horribles de Septiembre, el reflejo de los incendios avivados por la guerra civil y la irrupción extranjera, aun se vió latir una risueña esperanza en aquel mo-

mento, sobre la Convención y sobre los convencionales. Los espectadores que no sólo llenaban, henchían las tribunas, el pueblo esparcido por los espacios inmensos mediante entre las Tullerías y el Picadero, aclamaban, aplaudían á sus nuevos representantes confiando en que su poder proveniente del seno de los pueblos, podría con toda libertad y desembarazo establecer robusta República, organismo necesario de una gran democracia. El presidente último de la expirante legislativa, pronunció un discurso al ver los diputados de la Convención. Y en este discurso lleno de reminiscencias helénicas tan acreditadas entonces, invocó el numen de la justicia y se prometió de los nuevos diputados, el establecimiento definitivo de la libertad. La Convención al dar sus primeros pasos, demostró con ellos que predominaba el espíritu girondino en su corazón y en su inteligencia. Aunque muy maltrecha la popularidad antigua de Pétion, alzósele á la penitencia, indicando así aquel Congreso, que deseaba ser dirigido por la Gironda, y si cualquier género de duda hubiera surgido á este respecto, desvanecírala el nombramiento de secretarios todos á una y sin excepción girondinos. Los nombres de Condorcet el filósofo de la Gironda militante, de Brissot el publicista y el jefe casi de aquella grande constelación estelar, indica bien á las claras que pertenecía el nuevo régimen y su Parlamento, al antiguo moderado partido. Extrañeza y asombro debió causar este carácter de la Convención republicana en los exagerados é intransigentes de todas las fracciones extremas. Así bien pronto surgió en aquella primera sesión, la distancia entre los republicanos, con una protesta formulada por la escuela jacobina. Dió á tal protesta margen el orador de la Comunidad revolucionaria, que se llamaba Manuel y que tantas veces hemos visto aparecer en las páginas de nuestra historia. Muy avanzado, cayeron sobre su persona siendo síndico del ayuntamiento parisién, los rayos de las regias cóleras que le abrieron heridas, las cuales mostraba él como signos de su índole y de su nobleza revolucionarias. Así promovió los votos de las secciones municipales, pidiendo el destronamiento de Luis XVI; manipuló una gran parte de la terrible manifestación que invadiera las Tullerías el 20 de Junio; estuvo en la brecha durante todas las jornadas de Agosto; perteneciendo entusiasta y resuelto á los republicanos de la víspera. Mas un día el cautiverio de la familia real; otro día los horrores que acompañaron á la muerte de la princesa Lamballe; otro día las matanzas de tantos seres indefensos en los calabozos henchidos de sangre; otro día la dictadura comunera, le disuadieron de las exageraciones revolucionarias y le arrastraron á la moderación y á la prudencia. Movido por tales efectos, así que Pétion fuera designado para la silla presidencial, propuso Manuel que se rodease el nuevo electivo jefe de Francia, con todos los esplendores propios de la tradicional realeza, para que pudiera infundir en los ciudadanos el culto y el respeto que infundía en los súbditos, el antiguo regio régimen. Con efecto los viejos romanos, maestros en política republicana, como los modernos ingleses, en política parlamentaria, realizaron el poder de los cónsules y sus atributos, circundándolos de más lictores que á la Monarquía,

con un objeto clarísimo, evitar en el pueblo la nostalgia de esos antiguos poderes y de su imponente majestad. Pero el jacobinismo no entendía cosa de política. Intransigente, violentísimo, exagerado con toda clase de exageraciones por método político deseoso de amenguar y encanallar el poder público, se opuso con la palabra de dos oradores demagogos á este homenaje que proponía Manuel prestar al gobierno republicano. Y como Pétion era girondino y como era girondino Manuel y como eran girondinos todos los secretarios de la convención republicana, costóle poco esfuerzo al gran calumniador que se llamaba Robespierre, el difundir contra los girondinos la calumnia de que aspiraban á restaurar el trono y aun á sentarse muy ufanos y orondos, sobre sus sacratísimas gradas. Ya en estas incidencias, mostró la Convención como contra su voluntad la dominaban los violentos. Habiendo propuesto Manuel que ocupara el presidente las Tullerías y habiendo propuesto también que habitara el presidente un cuarto piso en una casa oscura, el parlamento no se decidió por ninguno de los extremos y convirtió lo que ya era una sabia orientación en rápido y fugaz incidente.

Imposible comprender la Convención republicana, sin distinguir entre las elecciones de París y las elecciones de los departamentos. Y es imposible comprender la Convención republicana, sin explicar antes la diferencia entre las elecciones parisienses y las elecciones departamentales, porque toda la convención se reduce á un combate perpetuo entre los diputados de la capitalidad y los diputados de las provincias. El elemento girondino pertenecía á las provincias con preferencia; y el elemento dantonesco, maratista, jacobino, pertenecía principalmente á París. Así los representantes más exaltados de la Convención surgieron del seno de la capital fundamentalmente monárquica, pero abandonada en absoluto á las fuerzas demagógicas, por las abstenciones y retraimientos de la ciega y desatentada Monarquía, soplada por necio pesimismo sobre las llamas voraces del incendio que debía consumirla. La organización de las secciones municipales todas ellas demagógicas; la dictadura del ayuntamiento revolucionario, convertido en poder absoluto, que disponía de las propiedades y de las vidas; la multitud increíble de clubs que fomentaban todas las pasiones; los congresos al aire libre celebrados en los jardines del palacio real; aquella multitud enrojecida en los altos hornos de la revolución perdurable; los jacobinos por un lado y los franciscanos por otro; aquellos mismos voluntarios marseleses idos del Mediodía y sus playas á implantar la República en París el tempestuoso diez de Agosto; los muchos pensadores y los muchos periódicos y los muchos discursos exageradísimos que se leían por todas partes, dieron á París una fiebre tan aguda, que le sugirió el delirio de nombrar una dictación, en la cual se mostraba monstruo de pesadilla siniestra tan horrible, como el feroz asesino Marat. Así en las urnas mismas de las elecciones convencionales, tan extraordinarias, llegó á trabarse la batalla entre girondinos y montañeses, que debía extender un horror infinito sobre la conciencia humana y macular con innumerables